

# PARO Y REBELDÍA EN COLOMBIA







# Tensiones emergentes en el movimiento social real

SERGIO DE ZUBIRÍA SAMPER

PROFESOR CATEDRÁTICO UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

PROFESOR DOCTORADO BIOÉTICA UNIVERSIDAD EL BOSQUE

25

La intensificación de la movilización y protesta social en Colombia configura una preocupación internacional y un tema de análisis en el campo académico de las ciencias sociales. Una situación muy dolorosa por la violación generalizada y sistemática de los derechos humanos de la población, la brutalidad policial y la criminalización de la protesta juvenil. La *ONG Temblores* ha identificado cifras alarmantes en el periodo comprendido entre el 28 de abril y el 31 de mayo de 2021: 1.248 víctimas de violencia física; 45 homicidios presuntamente cometidos por la Fuerza Pública; 187 casos de disparos de arma de fuego por parte de la policía; 1.649 detenciones arbitrarias; 65 víctimas de agresiones oculares; 25 víctimas de violencia sexual. Dos instituciones estatales alertan sobre los desaparecidos en medio de las marchas: la *Defensoría del Pueblo* constata 168 víctimas de desaparición y la *Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas (UBPD)* avizora 379 personas sometidas a desaparición forzada. Un crimen de lesa humanidad que impide el proceso del duelo y condena a los sobrevivientes a una tortura interminable. A las masacres y asesinatos de líderes sociales y excombatientes de la insurgencia de las FARC, luego de la firma del Acuerdo de Paz, en 2016, se añade este baño de sangre de los hijos e hijas de Colombia.

El pensamiento crítico ha asumido tempranamente la tarea del análisis y comprensión del momento actual. Al lado de una "infodemia" informativa de carácter descriptivo, podemos constatar una producción académica importante para conceptualizar e interpretar las tendencias de la realidad colombiana. En un entorno tan doloroso no ha cedido a la inmediatez y tampoco al desasosiego. El presente escrito intenta explorar esta producción intelectual para develar las tensiones emergentes en el movimiento social real. Partimos de tres premisas. La primera, la actitud crítica realiza una aproximación a la realidad en clave de contradicción, negatividad y transformación; las tensiones

son potencialmente creativas dependiendo de su mediación dialéctica. La segunda, la noción de “movimiento real” acentúa la idea de una realidad en pleno devenir imprevisible, abierto e inacabado; no se trata de una versión “objetivista” de lo real. La tercera, utilizamos la expresión “tensiones emergentes” con plena conciencia de que algunas de ellas pueden desplegarse en contradicciones, otras en antinomias, aporías o contrarios, como también de que la “emergencia” no significa “inmediatez”, sino que ciertas tensiones son de larga data en la vida social. La conveniencia del término “tensiones” es que puede incluir manifestaciones diversas de la conflictividad social, mientras que “emergentes” indica que en situaciones de “crisis” lo que antes solo era potencia tiende a convertirse en acto.

Para develar estas tensiones vamos a catalogarlas en teóricas, metodológicas y prácticas o de la acción política. Pero no se trata de compartimentos estancos, sino de relaciones dialécticas. En ningún momento se trata de un “inventario” completo; solo subrayamos aquellas que han sido relevantes para la bibliografía consultada. Estas constituyen las tres partes de este artículo. En la primera sección exponemos ciertas caracterizaciones, valoraciones y desafíos teóricos

del pensamiento crítico en su abordaje del movimiento real colombiano. En la segunda presentamos las tensiones metodológicas que experimenta el proceso de movilización social. En la tercera esbozamos ciertas interpelaciones planteadas a la *praxis* o acción política contemporánea.

La problemática de las relaciones entre política y violencia conforman una polémica de alta densidad en el movimiento social real. En general, el movimiento juvenil hace un llamado a evitar la simplificación de esta temática y la estigmatización de sus luchas. Los argumentos emergentes son diversos e importantes. Tal como lo han señalado los teóricos de la violencia, la insistencia exacerbada en la “violencia física” tipificada en el “derecho penal” del orden social dominante, lo que busca es invisibilizar planificadamente la “violencia estructural” y “simbólica” que fomenta permanentemente el régimen.

### Valoración y caracterización

Para el pensamiento crítico la etapa actual de protesta social es la más importante

en la historia contemporánea colombiana, posiblemente, en los últimos cuarenta y cinco años. El referente que utiliza la historiografía como antecedente, destacando sus singularidades contextuales, es el Paro Cívico de septiembre de 1977; aunque algunas investigaciones también evocan el 9 de abril de 1948. Lo anterior ratifica la tendencia analizada por M.

Archila para el periodo comprendido entre 1975 y 2015, en el que se puede constatar una trayectoria gruesa en forma de U, comenzando con altos indicadores de protesta social a mediados de la década de los setenta para luego comprobar una disminución con altibajos en los ochenta y noventa, y un incremento en los inicios del siglo XXI; un repunte que se presenta también en América Latina. Su importancia puede calificarse de “quiebre histórico” (R. Vega) o “nueva calidad del conflicto social y de clase” (J. Estrada). Los motivos para sostener estas valoraciones son profundos, entre otros: a) La dimensión numérica de los participantes que puede acercarse a cifras cercanas a un millón diario de participantes y la simpatía de la población con indicadores promedio del 70 %; b) Su cobertura nacional y territorial, llegando a municipios donde antes no se protestaba y paralizando ciudades por completo; la protesta social se ha desplegado en 763 municipios, lo que implica el 70 % del territorio nacional; c) La persistencia del Paro Nacional es inédita; mientras la intensidad del Paro Cívico de 1977 se acercó a tres días, al escribir estas líneas, el Paro Nacional iniciado el 28 de abril sobrepasa en duración los 42 días; d) Acaecido en el contexto de la pandemia del covid-19, lo que muestra al mismo tiempo el acumulado de luchas sociales de más de una década (Mingas del 2008, movilización estudiantil 2011, paro agrario 2013, protesta popular 2019), la capacidad de transformaciones de la voluntad en medio de un fenómeno pandémico y las posibilidades colectivas de mitigar los miedos; e) La configuración de una “nueva potencia de clase” (Moncayo) mediada por la emergencia de subjetividades con signos potencialmente antisistémicos y un “cuestionamiento multidimensional” del orden social existente (Estrada). Su condición de subjetividades antisistémicas se infiere de que lo “común que las identifica es la negación” (Múnera). Entre los rasgos antisistémicos es importante investigar: su rechazo a los liderazgos



tradicionales, verticales y centralizados; sus severas críticas a la "representación"; la articulación entre luchas inmediatas y otras luchas estratégicas de carácter ecológico, antirracista y feminista; una desconfianza en tipos de "unidad" que supriman las diversidades; la vigilancia extrema ante la "manipulación externa" o procesos de "cooptación"; la imaginación creadora en los procesos organizativos; sus distancias de las formas de territorialidad capitalista.

La caracterización del momento político actual, marcado por el despliegue del poder destituyente o la "insubordinación latente" (Sader-Ceceña), ha constituido un debate profundo e intenso en el pensamiento crítico. Se ha transitado de nociones como "explosión social" o "estallido social" a la tradición crítica de tendencias a la "crisis". En una cartografía provisional se pueden plantear tres aproximaciones. La primera se agrupa en aquellas investigaciones que postulan la "convergencia de crisis"; la segunda subraya la "crisis del gobierno" o del "régimen político"; la tercera plantea una "crisis orgánica de hegemonía". Tampoco, hay que advertir, son excluyentes estas perspectivas de análisis.

El paradigma explicativo de las "convergencias" propone que lo sucedido es consecuencia de la confluencia de procesos de "crisis", que son agravados por algún o algunos factores detonantes. Para A. Valencia, lo sucedido es la confluencia de dos procesos larvados hace tiempo: "una gran crisis social y una crisis política e institucional, resultado de una progresiva pérdida de legitimidad del ejercicio del poder por parte del Estado, que finalmente se agravó en las condiciones en que se ha desarrollado el gobierno de Iván Duque". Otros enfoques destacan la convergencia de una crisis económica, de deslegitimación política y de la violencia estatal/paraestatal (R. Vega). El prototipo de "crisis de gobierno", o segundo modelo, acentúa

La generación que hoy lucha es hija directa de dos décadas uribistas de los denominados "falsos positivos", las masacres, la desaparición forzada, el asesinato de miles de líderes sociales, etc., para que ahora con cinismo se muestren como portentosos defensores del "pacifismo"; el nexo entre violencia gubernamental y política es inextricable en Colombia; "queremos superar la violencia, pero eso es difícil en esta sociedad de mierda".

la bancarrota del régimen neofascista uribista, el desastre de sus políticas públicas y la ineptitud del gobierno Duque; la pretensión de relanzar el "embrujo autoritario" por vía de convertir la conflictividad social en una guerra contra el pueblo ha entrado en su fase crepuscular (A. Gamba). En tercer enfoque postula la existencia de una "crisis orgánica" (R. Vega), con rasgos de "crisis de hegemonía" (G. Libreros,

De Zúbiria), retomando los análisis realizados por A. Gramsci. Ellos postulan que “la crisis colombiana no solo es orgánica, sino que también es una *crisis de hegemonía*, puesto que cumple la doble condición señalada por W. Ansaldi, a saber: la de ser al mismo tiempo una “crisis de autoridad” y una “crisis de representación”.

El mayor desafío teórico, con decisivas consecuencias en la acción política, como siempre lo recordaban R. Luxemburgo y Lenin, es el debate sobre reforma y revolución. En un ascenso de la lucha social, como el actual momento político latinoamericano, este constituye un debate ineludible. Emir Sader ha sostenido que el mayor reto de la izquierda latinoamericana pasa por teorizar

sobre nuestras propias prácticas y repensar la relaciones entre “reforma y/o revolución”. Aunque no existe necesariamente un antagonismo entre ambas, sí es relevante el tipo de reformas y el modo como afecten las relaciones de poder existentes, así como también la capacidad para construir un bloque de fuerzas alternativas. Para este intelectual brasileño el fracaso del “reformismo” en América Latina se debe a dos motivos principales: no haber hecho del poder un tema central y no haber trabajado por la construcción de formas de poder alternativo. Estas dos insuficiencias han consolidado en la región un “reformismo, sin ruptura” en el campo de la izquierda institucionalizada y el progresismo.



<https://www.dw.com/es/desaparecidos-durante-paro-nacional-en-colombia-las-cifras-no-cuadran-porque-el-estado-no-las-busca/a-57689925>



Sin pretender agotarla, en ningún momento lo pretendemos, la complejidad de esta polémica en el contexto actual pasa por asuntos como: a) Lograr diferenciar la fase defensiva de la correlación de fuerzas de la fase de despliegue de disputa hegemónica o consolidación de poderes alternativos o contrapoderes; b) La identificación de reformas “no reformistas” para desatar transformaciones estructurales; c) La investigación de formas embrionarias de modos de vida de carácter anticapitalista y formas de territorialización no capitalistas; d) La generación de procesos de producción de subjetividades antisistémicas y la desmercantilización de las relaciones humanas y con la naturaleza; e) La interseccionalidad de las críticas al capitalismo, la colonialidad, el racismo y el patriarcado.

### Decisiones metodológicas

En tercer lugar, también existen formas justas de “contra-violencia”, como afirman animadores de los puntos de resistencia: “cuando nos disparan, nos torturan o nos violan, la violencia brota hasta de los cuerpos más pacíficos”. Una aproximación teórica a los nexos entre violencia y política no puede simplificar la complejidad de las múltiples violencias desatadas contra los y las jóvenes en Colombia, porque no existe mayor acción de violencia que la conversión de la juventud en “enemigo interno”.

El movimiento social real también enfrenta decisiones metodológicas relevantes y la producción intelectual del pensamiento crítico colombiano insiste en su develamiento. Entendemos por “metodológicas”, en un sentido no estrictamente académico, el conjunto de caminos, senderos y técnicas que orientan la consecución de unos objetivos. No existe acción humana de carácter político que no esté guiada por cierta intencionalidad; estos grados de “intencionalidad” conllevan elecciones metodológicas.

En tres órdenes las decisiones han sido acuciantes. El primero podríamos denominarlo las tensiones en la “organización y repertorios de lucha”. El segundo remite a las tiranteces en las “temporalidades del paro”. El tercero sobre el “carácter y tipo de negociación”.

Las tensiones organización/repertorios se manifiestan entre dos perspectivas que por momentos se convierten en antagónicas. Mientras una mirada considera que el paro y el movimiento debe organizarse a través de modelos predefinidos y repertorios ya experimentados, otras perspectivas discurren sobre la decisión que las estrategias y formas de organización “surjan de las mismas luchas” (Moncayo) y en el “momento histórico” apropiado. Redime la tensión creativa en la polémica entre Luxemburgo y Lenin, ante los sucesos de la Revolución Rusa de 1905. La primera tiene una representación del movimiento real como “espontaneísmo” (a veces llega a utilizar inadecuadamente el vocablo “anarquismo”) y desea asignar una lógica *a priori* de tipo organizativo, en general, centralizada, vanguardista y jerárquica; la segunda, asume

el horizonte de la autogestión, desconfía de la centralización vertical y rechaza la imposición de modelos paradigmáticos. También incide en los repertorios de movilización y lucha: mientras la primera mirada recurre a los repertorios clásicos (marchas sindicales, paros, pliegos, toma de plazas centrales), la segunda perspectiva intenta explorar también "nuevos repertorios" (puntos de resistencia, primera línea, bloqueos, barricadas, ollas comunitarias, derribamiento de estatuas, periodismo militante, redes sociales expansivas, etc.). Esta tensión va más allá de la falsa dicotomía entre partido y movimientos.

Las tensiones emergentes de las "temporalidades del paro" se inician con la posibilidad -o no- de sostener su carácter "indefinido"; pero más allá de esta contingencia, la sostenibilidad lograda, mayor a seis semanas, es un hecho histórico en la dinámica política colombiana. Actualmente las tensiones se están desplazando a tres dimensiones: imaginarios, descentralización y cierres abiertos. Aquel "imaginario" lineal, evolutivo y ascendente de lucha social está siendo desplazado por figuras de intervalos rizomáticos, reaccumulación, desescalamientos, retrocesos, acontecimientos, etc. La figura de "avanzar" hacia un supuesto centro "nacional" está siendo tensionada por la relevancia del terreno, el municipio, la región, el portal y los barrios llamados "periféricos". La experiencia de una "meta final", de una especie de cierre "exitoso", es reemplazada por "la lucha es para siempre, tiene un comienzo, pero no un final" (Zibechi). Al preguntarle a una joven animadora de un punto de resistencia sobre la salida a la situación, contestó. "Por ahora no estamos negociando, ni reconocemos a ningún negociador, pero si algo bueno resulta nos replegaremos y volveremos a salir cuando nos incumplan o cuando quieran insistir en la normalidad que no aceptamos" (Múnera).

Sobre el "carácter y tipo de negociación" también coexisten visiones que enfrentan el pasado con el presente y el porvenir. Una concepción epidérmica, heredera del corporativismo sindical, supondría que estamos en "un paro" y por lo tanto se presenta un "pliego", luego se concilian con una "autoridad central", con éxito relativo, los puntos del pliego y todo habrá terminado. En su devenir la insubordinación ha transitado "como paro en movimiento" y no se agota a "un pliego de peticiones" (Estrada); se trata de la irrupción de las "geografías de la rebeldía y la esperanza" (Jiménez), de una "figura espectral" (Moncayo), heterogénea y paradójica, que con sus signos antisistémicos, nunca se dejará encapsular en un "pliego de peticiones".



<https://www.instagram.com/laorejaroja/> | @ianschnaida



## Cuestionamientos a la acción política

La crisis y la insubordinación también interpelan los cimientos de la acción política. Hace algunos lustros los movimientos sociales vienen exigiendo otras gramáticas de lo político; esta petición y angustia no podría estar ausente en un movimiento popular juvenil. También son múltiples las dimensiones cuestionadas, pero en el momento actual, la producción intelectual crítica insiste en tres: el tipo de democracia, las concepciones de unidad y la actitud ante la “violencia”.



Las y los jóvenes manifiestan una especie de *hastío* hacia cuatro dimensiones de lo que los mayores llaman “democracia”: la reducción de la política formal solo a espacios institucionales; la representación o delegación; la hipertrofia de la centralización, y el tipo de prácticas de liderazgo. Son múltiples los cuestionamientos a estas cuatro esferas de la acción política. Son reiteradas sus críticas a la “representación” y por eso practican formas de “democracia directa, descentrada, descentralizada” y “lógicas asamblearias” (Estrada); como también rechazan la perpetuación de los dirigentes en los cargos políticos y sindicales, “el liderazgo tradicional en sentido vertical” (Moncayo). Las instituciones estatales y el Congreso son solo remedos de “representación” y es necesaria una democracia directa “ya”.

Cualquier versión de la “unidad” que se diluya en tendencias a la homogeneidad, uniformidad y el vanguardismo también son vistas con sospecha por la protesta juvenil. Los movimientos reales deben esmerarse por el cuidado de lo diverso y lo heterogéneo; proteger formas de heterogeneidad compleja y convergente. La expresión categórica de esta exigencia la plantea el subcomandante Marcos:

“todo intento de *homogeneidad* no es más que un intento fascista de dominación” (Zibechi). La problemática de las relaciones entre política y violencia conforman una polémica de alta densidad en el movimiento social real. En general, el movimiento juvenil hace un llamado a evitar la simplificación de esta temática y la estigmatización de sus luchas. Los argumentos emergentes son diversos e importantes. En primer lugar, como lo han señalado los teóricos de la violencia, la insistencia exacerbada en la “violencia física” tipificada en el “derecho penal” del orden social dominante, lo que busca es invisibilizar planificadamente la “violencia estructural” y “simbólica” que fomenta permanentemente el régimen. En segundo lugar, la generación que hoy lucha es hija directa de dos décadas uribistas de los denominados “falsos positivos”, las masacres, la desaparición forzada, el asesinato de miles de líderes sociales, etc., para que ahora con cinismo se muestren como portentosos defensores del “pacifismo”; el nexo entre violencia gubernamental y política es inextricable en Colombia; “queremos superar la violencia, pero eso es difícil en esta sociedad de mierda” (Múnera). En tercer lugar, también existen formas justas de “contra-violencia”, como afirman animadores de los puntos de resistencia: “cuando nos disparan, nos torturan o nos violan, la violencia brota hasta de los cuerpos más pacíficos”. Una aproximación teórica a los nexos entre violencia y política no puede simplificar la complejidad de las múltiples violencias desatadas contra los y las jóvenes en Colombia, porque no existe mayor acción de violencia que la conversión de la juventud en “enemigo interno”. En polémica con H. Arendt, podemos considerar que no todas las violencias son mudas. Hemos intentado recorrer algunas tensiones emergentes del movimiento social real; pero, tal vez, la mayor tensión reside en la capacidad de la teoría para interpretar y comprender una realidad que aún está en pleno despliegue.

## Referencias

- » Archila, M., García, M. C y otros (2019). *Cuando la copa se rebosa. Luchas sociales en Colombia: 1975 – 2015*. Bogotá: Cinep.
- » Varios autores (2021). “Pensar la *Resistencia*”. Documentos especiales. CIDSE N.º 6. Universidad del Valle. Varios autores (2021). “Paro y rebeldía en Colombia”. *Revista Izquierda* N.º 96. Edición especial. Bogotá: Espacio Crítico.
- » Gamba, A. (30-05-2021). “El estallido social y la crisis del uribismo”. Recuperado de: <https://latinoamerica21.com/es/el-estallidosocial-y-la-crisis-del-uribismo/>
- » Múnera, L. “Una multitud en condiciones de precariedad. Análisis del paro nacional”. Conferencia presentada en Espacio de Análisis -EA. (27-05-2021). Cali: Universidad del Valle.
- » Sader, E. (2009). *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » Vega, R. (13-05-2021). “El gran paro nacional en Colombia”. Recuperado de: <https://www.anred.org/2021/05/13/el-granparo-nacional-en-colombiarebelion-popular-y-masacre-enel-regimen-de-los-uribenos/>